

y la quinta Panfilii; á Alejandro VII la plaza Colonna, la Sapienza, con un jardín botánico y un anfiteatro de anatomía, la columnata de San Pedro y el arsenal de Civita-Vecchia. Aquel papa enriqueció también la Biblioteca del Vaticano. Desgraciadamente los nuevos edificios se construían á veces con los despojos de los antiguos. Los Borghesi estaban autorizados para demoler donde creyesen necesario; así perecieron muchos monumentos; las termas de Constantino fueron destruidas en tiempo de Paulo V, para formar el palacio y el jardín; al querer quitar del templo de la Paz la columna que existe en la plaza de Santa María la Mayor, la bóveda que se apoyaba en ella vino al suelo. En tiempo de Urbano VIII, el bronce del Panteon fué entregado á Bernini para que hiciese el artístico púlpito de San Pedro, y se trataba de demoler el mausoleo de Cecilia Metella, para aprovechar los materiales en la construcción de la fuente de Trevi; pero el pueblo se opuso á viva fuerza, y Pasquin exclamaba: *Lo que no hicieron los Bárbaros lo hacen los Barbarini*.

Reunían no por pasión ó deseo, sino por diversion y pompa, libros, manuscritos, medallas y cuadros; se multiplicaron las academias; pero el amor á las antigüedades había perecido; la literatura divagaba, y no se conocía la filosofía. No se vieron tampoco grandes teólogos; solo los extranjeros esgrimieron armas en la cuestión del jansenismo, que puso en tela de juicio los derechos de la Santa Sede, y fué señal de una nueva oposición.

La corte en Roma había resucitado sus antiguas pretensiones sobre las inmunidades de jurisdicción; pero los príncipes estaban cada vez menos dispuestos á reconocerlas. El imperio y la misma España trataban de disminuir la independencia de los nuncios; Francia les arrebató los asuntos matrimoniales, los excluía de los procesos criminales, enviaba sacerdotes al suplicio sin degradarlos antes, y publicaba edictos sobre la herejía ó la simonía; Venecia limitaba los nombramientos reservados á Roma. De este modo, hasta los príncipes católicos se hacían cada vez más independientes en materias eclesiásticas, y el papado tuvo desde entonces que defenderse de ataques siempre nuevos, en los que la opinión estaba subordinada á la política.

Inocencio XI (Benito Odescalchi), proclamado por el pueblo durante el cónclave, experimentó mas que nadie las consecuencias de aquel triste estado de cosas. Exhortó varias veces á Luis XIV á que no diese oído á los aduladores, ni atentase á la libertad de la Iglesia; concedió asilo á los obispos perseguidos por aquel rey, aunque usen jansenistas; pero la Iglesia Galicana se había convertido en vasalla del monarca, y va hemos visto cómo se portó este con el papa en el asunto de las franquicias y de la regalía. Para adular al rey, los Franceses denigraron la memoria de Inocencio XI; pero el pueblo le consideró un Santo, y la posteridad le mira

Inocencio XI.
1667.
Julio.

como uno de los pontífices mas justos y desinteresados.

Las rentas ascendían entonces á 2.400,000 escudos, comprendiendo la dataría y los productos casuales, y el excedente de los gastos llegaba á 170,000 escudos. No evitó, pues, Inocencio la bancarota sino mostrándose rigoroso consigo mismo. Abolió gran número de abusos y exenciones, y disminuyó el interés de los montes. Íntegro en extremo y superior á bajas complacencias, quiso promulgar contra el nepotismo una bula que suscribiesen todos los cardenales; pero no pudo conseguirlo. Dedicóse á lo ménos á mejorar por medio de decretos las costumbres. Mandó que las mujeres anduviesen cubiertas hasta el cuello y los puños, y que los hombres no enseñasen música á las jóvenes; prohibió las ruidosas mascaradas, é hizo cubrir con un velo la parte del mausoleo de Paulo III que ofendía al pudor. Condenó sesenta y cinco proposiciones de moral relajada, sacadas de diferentes casuistas y defensores del probabilismo.

Cumplía el Veneciano Pedro Ottaboni setenta y nueve años cuando fué proclamado papa bajo el nombre de Alejandro VIII, y en sus veintiseis meses de pontificado se apresuró á enriquecer á sus sobrinos. Disponíase cuando murió á desaprobar explícitamente los actos de la asamblea del clero frances de 1682; y como convenía mucho á esta tener un papa de su partido, hubo un escandaloso conflicto que duró cinco meses, y terminó con la elección de Antonio Pignatelli, natural de Nápoles, bajo el nombre de Inocencio XII. Ocupóse este papa en arreglar la justicia, hizo firmar á los cardenales una bula que condenaba el nepotismo, y dijo que sus sobrinos eran los pobres.

Juan Francisco Albano, de Pésaro, que despues de haber rehusado mucho tiempo la tiara, la admitió al fin con el nombre de Clemente XI, continuó mostrándose muy económico en su modo de vivir: no quiso ver en su corte á ninguno de sus parientes, y les prohibió aceptar títulos ni regalos; los que deseaban agradaerle tenían que obrar del mismo modo. Por lo demás, prosiguió los estudios que habían formado las delicias de su vida privada, y terminó la funesta diferencia relativa á las ceremonias chinas, como también la cuestión del jansenismo, tanto como es posible hacerlo pronunciando una sentencia. Erigió varios hospitales, una casa para los eclesiásticos extranjeros, otra para los obispos de Mesopotamia que andaban fugitivos; graneros capaces; una nueva puerta; acueductos en Roma y Civita-Vecchia, fortalezas para defender de los Berberiscos las costas; reparó caminos, desecó pantanos, é hizo restaurar el Panteon, trofeo de la victoria de Cristo sobre los falsos dioses. Viendo que los jóvenes, aunque se les tenía separados de los adultos en las cárceles, salían peores de lo que habían entrado, hizo añadir al edificio de San Miguel á orillas del Tíber, con arreglo á

Alejandro VIII.
1689.
Agosto.

Inocencio XII.
1691.
1.º de febrero.
Clemente XI.
1701.
Octubre.

los planos de Fontana, una casa de corrección para los delincuentes que aun no hubiesen cumplido veinte años. Además de las habitaciones de los carceleros y de un eclesiástico, había allí trescientas celdas que formaban tres pisos en derredor de una gran sala, en cuyo fondo se veía una pequeña capilla y el altar. Un prior estaba encargado de la instrucción moral y religiosa de los presos, y artesanos de conocida probidad les enseñaban oficios. Los padres podían encerrar á sus hijos en aquella casa, donde se trataba de corregirlos con el látigo y la predicación. Aquella penitenciaría que precedió á los ensayos, objeto hoy de los esfuerzos de todo buen gobierno, subsistió ochenta años.

Clemente XI envió cinco misioneros á Persia y dos á Abisinia, y comprometió á Luis XIV á obtener de los Turcos mejores condiciones para los Armenios y demás Católicos de Levante. Tuvo la satisfacción de ver á varios preladados de la Iglesia Griega reunidos á la Latina, cuyos intereses vigilaba acerca de todas las potencias; pero sus buenos oficios encontraron obstáculo en una guerra que trastornó de nuevo toda la Italia.

CAPÍTULO XXXV

Influencia de Luis XIV. — Mesina y Génova. — Los Barbettini. — Sucesión española.

Los males de Nápoles eran comunes á la Sicilia: podían considerarse ambos pueblos como dos cadáveres atados al mismo patíbulo. Poco antes de la insurrección de Masaniello, estalló una en Mesina y otra en Palermo á causa de las gabelas, apaciguada primero con la seducción y despues con el terror. No tardó mucho sin que el hambre impulsase de nuevo á la rebelión á aquel granero de Italia, y el pueblo de Palermo pedía á gritos la abolición de los derechos sobre los comestibles. Concedióle el virey marques de los Vélez lo que pedía, mas sabiendo la plebe el valor de semejantes promesas, y viendo el apoyo que le prestaban el clero y los nobles, eligió por jefe del pueblo á un batidor de oro llamado José Alessi, el cual reunió fuerzas y abolió las antiguas instituciones, proponiendo reformarlas en sentido republicano, y arrojando á los Españoles. Pero como se opusiese Alessi al saqueo del palacio del virey fugitivo, perdió la confianza del vulgo, enemigo de la moderación, y los nobles se aprovecharon de ello para matarle, en unión de otros jefes. Mostrábase siempre la nobleza contraria á tales sublevaciones, sea porque, como clase privilegiada, estaba exenta de muchas de aquellas cargas, ó porque, teniendo capitales en los bancos públicos, trataba de evitar cuanto pudiese perjudicarles; ó finalmente, porque los empleos y cargos honoríficos que obtenían sus individuos, hacían que se mantuviesen adictos á la corte. El virey,

á quien el rey católico trató de cobarde, murió de pesar, y el cardenal Teodoro Trivulzio, dotado de tanto valor como prudencia, apaciguó aquellos disturbios, prometiendo « paz y un nuevo libro; » pero, como de costumbre, la paz se convirtió en una sanguinaria persecución contra los desafectos, y el libro se quedó en lo que era.

Así, pues, como las causas continuaban sin variación, las rebeliones renacían incesantemente, y la corte no veía otro medio de consolidar su autoridad, sino el de oponer una parte de los Sicilianos á la otra, concediendo á los unos privilegios nocivos á todos, y fomentando los celosos odios entre Catania, Palermo y Mesina. Esta última había conservado un resto de sus antiguas libertades: su Senado, compuesto de ciudadanos, de los cuales las dos terceras partes eran nobles, y la otra plebeyos, cuidaba de dotar á la patria de hermosos edificios, escuelas, ilustres profesores, y de oponer una barrera al gobernador español; acuñaba moneda, y había comprado á fuerza de dinero la exención de los impuestos, que de esta manera pesaban mas sobre las otras ciudades. Estas franquicias no impedían los abusos de autoridad por parte de los vireyes, y el duque de Osuna, que había tenido la ocurrencia de mandar que *todos* los habitantes de Palermo saliesen enmascarados el último día de Carnaval, hizo poner presos una vez á los magistrados de Mesina, y llevarlos con cadenas por los calles de Palermo. La pretensión de Mesina era que se dividiese la isla en dos provincias, para ser capital de una de ellas; pero Palermo evitó el peligro pagando una suma de 500,000 escudos: no conocía (¿y quién lo conocía entonces?) que la prosperidad particular debía proceder de la general y no de la decadencia ajena.

El virey Ayala, hombre vano y petulante, aumentó los odios y las reclamaciones queriendo concluir con los privilegios. El duque de Sermoneta por el contrario, apellidado *Far moneta* (hacer moneda) por sus manejos ilegales, adoptó el partido de los Mesineses, y en recompensa de su fidelidad durante los disturbios de Palermo, resucitó una antigua pragmática, por la cual la seda de toda la isla no podía ser exportada sino desde Mesina. En vano la encontró el rey « contraria á la razón, al derecho natural y á la libertad que debe haber en el comercio, y perjudicial é incómoda en sumo grado á todo el reino; » no por esto dejó la ciudad de sostener aquel derecho, é hizo, valiéndose del tumulto, que el patrimonio real se conformase con él.

Palermo reclamó; Mesina envió personas que sostuviesen aquel privilegio; pero su embajador quiso que se le recibiese como á los de los príncipes soberanos, y el de Palermo se opuso á ello: disputaron con el calor siciliano, é hicieron reír á la corte, que se aprovechó de aquellas rivalidades para oprimir el país; des-

17 de
noviem-
bre.

1610-15

1660.

1661.

pues, cuando Mariana, regente en nombre de Carlos II, sentenció el litigio, fallando contra los Mesineses, se retiró su enviado sin despedirse y protestando. De aquí resultaron agitaciones y facciones interiores: los *Merli* eran del partido del rey; los *Malvizzi* detestaban á los Españoles. El matemático Alfonso Borelli pensó resolver la dificultad, constituyendo una república semejante á la de Génova; pero á duras penas se libró de la horca.

En suma, á la desolacion material que en aquellos años (1669) causaba el Etna, vomitando, mas terrible que nunca, lava capaz de sepultar comarcas enteras y de incendiar á Catania, se unia el desórden moral causado por la mala administracion. Los Turcos, una vez dueños de Candia, amenazaron la Sicilia, por lo cual se encargó su custodia al príncipe de Ligny, valiente guerrero, Flamenco de nacion. El *estratego*, magistrado comun en tiempo de los Griegos á todas las ciudades sicilianas, no habia sido conservado, desde la época de los Suevos, mas que en Mesina, donde tenia un tribunal con mero y mixto imperio. Luis del Hoyo, impostor, hombre lleno de deudas y disoluto, propuso á la reina, que si le nombraba *estratego*, destruiria los privilegios y las formas republicanas de Mesina, como tambien la exencion que gozaban sus magistrados de pagar contribuciones, servir en el ejército y cumplir con otros cargos. Aquel hombre astuto, muy hábil en el empleo de los medios propios para agitar la multitud y sugerirle sus ideas, aprovechando la envidia, el interes, el fanatismo, al desembarcar se arrojó en tierra, besando el suelo de la ciudad predilecta de María. Veíasele á menudo en las iglesias y hospitales; comulgaba con frecuencia, hacia grandes limosnas, tenia conferencias espirituales; de suerte que el vulgo le consideraba un Santo y creía sacrilegio el contradecirle. Entónces sembró en el pueblo la desconfianza contra los nobles y los ricos; fingió que obraba obligado por el Senado; siempre que absolvía á un malvado ó enviaba al suplicio á un inocente; despues, en tiempo de carestía, trató de que no llegase mas grano, y acusó al Senado de ser la causa del hambre; por último, hizo esparcir regueros de trigo desde las casas de los señores principales hasta la plaza para dar á entender que lo exportaban de noche.

La sublevacion que aguardaba no se hizo esperar demasiado: empezaron las violencias y los incendios, que él dirigió contra los senadores; pero la pretension de que estos fuesen elegidos por iguales partes, entre los nobles y los simples ciudadanos, y la tentativa que hizo para sorprender los fuertes, custodiados por la milicia urbana, revelaron su perfidia, y fué declarado enemigo público. No considerándose todavia vencido, se puso al frente de la hez del pueblo y de los presos, y sostenido por los *Merli*, incendió los palacios de los ricos y de los *Malvizzi*, y llamó tropas en su ayuda. El

príncipe de Ligny, virey de la isla, acudió, y convencido de que aquel modo de proceder merecía la horca, condenó á los reos y á él le destituyó; viendo luego que España se obstinaba en conservar á Luis del Hoyo junto al nuevo *estratego*, enviado con órdenes muy severas, renunció, y la isla quedó entregada á los trastornos y excesos.

Con motivo de la fiesta de la Virgen de la Carta, habiendo el sastre Antonio Adan expuesto un emblema injurioso para el marques de Crispano, nuevo *estratego*, este le mandó prender; los vecinos gritaron, diciendo que se habian violado sus privilegios, y se unieron á los nobles y á los ricos contra España. Crispano excitó á los *Merli* á hacer unas visperas mesinesas, y habiendo convocado á los senadores al palacio, intentó asesinarlos; pero su imperturbable serenidad los salvó. Entónces los *Malvizzi* desenvainaron las espadas, rechazaron las tropas que habian ido de Nápoles y ocuparon los fuertes. Era locura esperar que resistirian por sí solos; así, pues, sabiendo los enemigos de España adónde tenian que acudir siempre en busca de apoyo, se dirigieron á Luis XIV.

La ambicion sin limites de aquel monarca no debia perdonar la Italia. Como si estuviese envidioso del brillo que las letras daban aun á este país, trató de atraer á su corte los mejores ingenios, y á los restantes concedió pensiones, algunas veces merecidas, pero con mas frecuencia sin merecerlas. Con el sistema de Colbert perjudicó las manufacturas italianas, pues se les imponian enormes derechos de entrada, al paso que las francesas, logrando superar en reputacion á las demas, eran buscadas por todas partes; y la moda obligó á los mismos Italianos á traer del otro lado de los Alpes lo que siempre habian enviado allí, hasta los vinos, que les llegaron con el nombre nuevo de botellas. Luis conoció cuán ventajoso le sería poseer á Mesina con detrimento de la España; de consiguiente, sin inquirir demasiado el estado de las cosas, envió socorros, siendo los encargados el caballero de Valbelle y el marques de Vallaboire. Los Mesineses continuaban rechazando con sumo ardor la escuadra española, compuesta de veintitres bajeles y diez nueve galeras, al mando de Bayonne; pero sin contar los trabajos de la defensa, se veían reducidos á tres onzas de pan diarias; despues les faltó aun esto, y durante doce días no se alimentaron mas que con animales domésticos. Á la llegada de la escuadra francesa, los Españoles se retiraron (1) y la ciudad fué abastecida de víveres, pero en tan corta cantidad que el hambre empezó á sentirse de nuevo mas terrible que nunca. Luis, que no favorecía á los insurrectos sino por interes propio, envió al fin otra escuadra al mando de Du Quesne, y tomó bajo su proteccion á Mesina, dándole

(1) Véase la nota N.

por virey á un tal Vivonne, cuyo único mérito consistia en ser hermano de la Montespan. Ocupándose poco en vencer á los Españoles, y ménos todavia en reprimir á sus soldados, cuyos insultos exasperaban á los Mesineses, aquel virey fué la verdadera causa del mal éxito de la expedicion, que le valió, sin embargo, el título de mariscal.

La Holanda, que obraba entónces de acuerdo con España, envió á aquel punto al terrible Ruyter con su escuadra; pero fué mal servido por los Napolitanos, á quienes despreciaba; mientras que Don Juan de Austria, nombrado por la regenta vicario general del reino de Nápoles, para alejarle de Carlos II, se negaba á marchar, precisamente por no separarse del monarca. Ruyter perdió, pues, un tiempo precioso, del que se aprovechó Du Quesne para reunir una numerosa escuadra, con la cual, cerca de Lipari, empenó un sangriento combate, sin resultado decisivo; despues, delante de Palermo, alcanzó una señalada victoria, en la que habiendo sido herido Ruyter mortalmente, los suyos abandonaron el funesto Mediterráneo. Los Franceses hubieran podido enseñorearse de la isla; pero Louvois, negando los socorros, dejó perder la ocasion y con ella los frutos de aquella victoria. Vióse, pues, Du Quesne obligado á permanecer ocioso, hasta que, informado de las intenciones del rey, pidió permiso de retirarse.

Luis XIV creía entónces necesario dirigir aquellas fuerzas al Norte de Europa; de consiguiente, envió al marques de la Feuillade, servil adulador de los grandes y en extremo terco con los inferiores, á fin de que se llevase de Mesina la guarnicion. Fué preciso engañar á los Mesineses, para que la certeza de recaer al instante bajo la venganza española no los indujera á oponerse á la marcha de las tropas. Proclamado virey el marques en medio de indecibles fiestas, se concilió los ánimos y secundó los arranques generosos del pueblo; fingiendo luego que queria atacar á Palermo, confió la custodia de los fuertes á los Mesineses mientras hacia embarcar soldados, víveres y cañones. Los Mesineses le regalaron un estandarte con la efigie de la Virgen de la Carta, alegrándose ya de la ruina de su antigua rival. ¡Desgraciados! En el momento de darse á la vela declaró el general frances que abandonaba la ciudad, y que los que quisiesen embarcarse con él acudieran á bordo en el término de cuatro horas. Fáciles figurarse las angustias de todo un pueblo vendido tan vilmente. Cerca de siete mil habitantes se apresuraron á aprovecharse en medio de la mayor turbacion, del ofrecimiento que se les hacía, abandonando bienes, mujeres é hijos, y pasando alternativamente de los sollozos que les arrancaba aquel cúmulo de miserias á los gritos de odio y venganza. La Francia habia gastado 30.000,00 en aquella expedicion. Mesina, la ciudad de la Virgen invocó en su desesperacion el auxilio

de los Turcos; pero los Españoles se anticiparon y tomaron la plaza. Vióse reducido el número de habitantes de sesenta mil que era á once mil, los títulos, documentos y manuscritos griegos comprados á Lascaris fueron arrebatados á aquella desgraciada ciudad. Perdió la eleccion de sus magistrados, y quedó sometida á las cargas comunes; el fisco se apoderó de los bienes de los fugitivos, y Luis XIV continuó por espacio de diez y ocho meses proporcionando á estos el necesario alimento; pero luego les mandó abandonar la Francia bajo pena de la vida. Muchos de ellos, de ricos que eran, se vieron reducidos á la mendicidad, otros se dedicaron al robo; mil quinientos renegaron de Cristo por Mahoma; quinientos volvieron á su patria con un salvoconducto de la España, y exceptuando solo á cuatro, el virey los envió á todos á galeras.

Luis XIV no habia abandonado los designios que sus predecesores habian formado respect del Piamonte, é intentaba excitar allí disturbios para aprovecharse de ellos. Victor Amadeo II habia heredado el trono á la edad de nueve años, bajo la regencia de Juana, su madre, partidaria de Francia, que se ocupaba en tranquilizar, no sin efusion de sangre, la provincia de Mondovi, donde el impuesto sobre la sal habia producido una sublevacion. Era hermana de la reina de Portugal, que solo habia parido á Don Pedro una hija. Luis propuso la mano de esta princesa á Victor Amadeo, con la corona de aquel pequeño reino y de sus extensas colonias. Todo estaba ya combinado; desestimando la ley de Lamego, Victor conservaria tambien la Saboya; cuando de repente los descontentos, que necesariamente debia encontrar en el Piamonte la idea de verse sometidos á un rey lejano y casi extranjero, se manifestaron en una conspiracion de los principales habitantes y en los gritos lanzados por el pueblo. Esto era lo que esperaba Luis XIV; pero la regenta tuvo la prudencia de romper el matrimonio proyectado, y preferir al reino que esperaba aquel de que estaba en posesion. Se negó tambien á admitir los soldados que le ofrecia Luis para sujetar á los Mondovitas.

Génova era ardientemente ambicionada, tanto por los Saboyanos como por el rey de Francia, el cual, no pudiendo olvidar que sus abuelos la habian poseído, se mezcló en todos los asuntos que la concernian. Carlos Manuel urdió una conspiracion con Rafael de la Torre para apoderarse de Savona; pero habiendo sido descubiertos sus proyectos, resultó una corta guerra. Luis XIV se interpuso, pretendiendo que Génova debia someterse sin condiciones á su decision. Mas como esta fuese poco favorable, aquella república se negó á aceptarla: dijo entónces el rey que Génova estaba en connivencia con el gobernapador de Milan, y exigió despues que restituyese los bienes confiscados á Juan Luis Fiesco, alegando que aquel conspirador no habia tenido mas objeto que entregar la

1673.

1676.
8 de
enero.Suble-
vacion
de
Mesina.
1674.
6 de
julio.

1678

10 de
mayo.1675.
Enero.1675.
12 de
junio.

673.